

porque sin oración, y continua oración, no lograremos la perseverancia ni alcanzaremos la salvación.

¡Oh dulce y amable Jesús mío!, ¿cómo habéis podido amar tanto a los hombres, que, para demostrarles vuestro amor, no rehusasteis morir desangrado y afrentado en tan infame leño? ¡Oh Dios!, y ¿cómo son tan pocos los hombres que os amen de todo corazón? ¡Ah, querido Redentor mío, entre estos poquitos quiero contarme yo, pobrecito que en lo pasado me olvidé de vuestro amor y troqué vuestra gracia por míseros deleites! Conozco el mal hecho, me arrepiento de todo corazón y quisiera morir de dolor. Ahora, amado Redentor mío, os amo más que a mí mismo y estoy presto a morir mil veces antes que perder vuestra amistad. Os agradezco las luces que me habéis dado; Jesús mío, esperanza mía, no me abandonéis y continuad prestándome vuestra ayuda hasta la muerte.

CAPÍTULO VIII

DEL AMOR QUE NOS MANIFESTÓ JESUCRISTO EN SU PASIÓN

I. El Padre nos dio al Hijo por amor

San Francisco de Sales llama al monte Calvario *monte de los amantes*, y añade que el amor que no nace de la pasión de Cristo es débil y tornadizo, queriendo con ello dar a entender que la pasión del Señor es el más poderoso incentivo que nos puede mover a inflamarnos en el amor a nuestro Salvador.

Para comprender algo, ya que todo es imposible, del gran amor que Dios nos mostró en la pasión de Jesucristo bastaría echar un vistazo a lo que refieren las divinas Escrituras; tan sólo traeré aquí los principales pasajes que se refieren a este amor.

No llevará a enojo el lector que repita textos que ya aduje en otras obritas, refiriéndome a la pasión. Los escritores de materias obscenas se complacen en repetir sus impúdicas bromas para encender más y más la concupiscencia en el pecho de sus incautos lectores, y ¿no me será dado a mí repetir los textos de las Sagradas Escrituras que más contribuyen a inflamar las almas en el amor divino?

Hablando de este amor, dijo el mismo Jesucristo: *Así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo unigénito*. La expresión así encierra grande valor, pues nos hace ver que Dios, habiéndonos dado a su unigénito

Hijo, nos patentizó un amor tal, que nunca llegaremos a comprenderlo. El pecado nos arrastró a la muerte, arrebatándonos la vida de la gracia; pero el Eterno Padre, para hacer gala de su bondad y darnos a comprender cuánto nos amaba, quiso enviar a la tierra a su Hijo, para que con su muerte nos restituyese la vida perdida: *En esto se manifestó el amor de Dios en nosotros, en que al Hijo suyo unigénito envióle Dios al mundo para que vivamos por El.* De suerte que para perdonarnos no quiso Dios perdonar a su mismo Hijo, sino que quiso que cargase con el peso de satisfacer a la divina justicia por todas nuestras culpas: *Quien a su propio Hijo no perdonó, antes por todos nosotros lo entregó. Léese lo entregó, pues lo puso en manos de los verdugos, que lo habían de acabar a fuerza de ignominias y de dolores, hasta hacerlo morir en un mar de dolores sobre un infame patíbulo. Pero antes, como dice Isaías, lo cargó con todos nuestros pecados y después quiso verlo agobiado de afrentas exteriores y de acerbísimas aflicciones internas: Por el crimen de mi pueblo fue herido de muerte... Mas a Yahveh le plugo destrozarle con paciencia.*

Considerando San Pablo este amor de Dios, exclama: *Mas Dios..., por el extremado amor con que nos amó, aun cuando estábamos nosotros muertos por los pecados, nos vivificó con la vida de Cristo. Dice el Apóstol por el extremado amor con que nos amó. Pero ¿cabe en el Señor exceso alguno? Sí, exclama, porque, de no asegurárnoslo la fe, ¿quién lo pudiera creer?*

De ahí que la santa Iglesia exclame asombrada: «¡Oh dignación admirable de tu piedad para con nosotros, oh inestimable amor de los amores, que para redimir al esclavo entregases al Hijo!» Nótese aquella

expresión de la Iglesia *inestimable amor de los amores*, es decir, amor más caro a Dios que todos los amores con que amó al resto de las criaturas. Siendo Dios el mismo amor, la propia caridad, como se expresa San Juan, ama a todas las criaturas: *Amas todo cuanto existe, y nada de lo que hiciste abominas*; pero el amor que tiene al hombre parece de más subidos quilates y aun parece que lo ha preferido al amor de los ángeles, ya que quiso morir por los hombres y no por los ángeles caídos.

II. El hijo de Dios se entregó a sí mismo por nuestro amor

Hablando del amor que el Hijo de Dios tiene a los hombres, nos damos cuenta de que al ver, de una parte, al hombre perdido por el pecado, y por otra a la justicia divina, que reclamaba satisfacción cumplida por las ofensas recibidas, reparación que el hombre no podía llevar a cabo, se ofreció voluntariamente a satisfacer la pena del culpable. Y cual humilde corderillo se puso en manos de sus verdugos, a quienes permitió que le lacerasen las carnes y lo condujeran a la muerte, sin lamentarse ni abrir la boca, como estaba predicho.

Escribe San Pablo que Jesucristo, para obedecer al Padre, aceptó la muerte de la cruz. Mas no se piense que el Redentor la aceptó solamente en obediencia al Padre y como a la fuerza, puesto que se ofreció a la muerte espontáneamente, como habemos dicho, y por voluntad propia, llevado del gran amor que al hombre profesaba, como lo declaró El por San Juan: *Yo doy mi vida... Nadie me la quita, sino que yo por mí mismo la doy*. Y declara ser éste el oficio del buen

pastor, dar la vida por sus ovejas: *Yo soy el buen pastor. El buen pastor expone su vida por las ovejas. Y ¿por qué quiso morir por ellas? ¿Qué obligación tenía, como pastor, de dar la vida por sus ovejas? Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros. Quiso morir por el amor que nos tenía y librarnos así del poderío de Lucifer.*

Todo esto declaró nuestro amante Redentor, al decir: *Y yo, cuando fuere levantado de la tierra, a todos arrastraré hacia mí.* Con las palabras *cuando fuere levantado de la tierra* quiso denotar la muerte que había de padecer en la cruz, según dice el mismo evangelista: *Esto decía significando con cuál muerte había de morir.* Comentando San Juan Crisóstomo las referidas palabras, *a todos arrastraré hacia mí*, dice que el Señor quiere darnos a entender que con su muerte quiso arrancarnos como a la fuerza de las manos de Lucifer, que, en su tiranía, nos tenía esclavizados como esclavos, para atormentarnos después de la muerte para siempre en el infierno.

¡Desgraciados de nosotros si Jesucristo no hubiera muerto por salvarnos! Todos hubiéramos tenido que parar en el infierno. Gran motivo que debe forzarnos a amar a Jesucristo, mayormente quienes merecimos la eterna condenación, pensar que El, con su muerte y con la efusión de su sangre, nos libró de los tormentos del infierno.

Echemos de paso una mirada a las penas del infierno, donde al presente se hallan tantos desgraciados padeciéndolas. ¡Desventurados! Allí se hallan sumergidos en un mar de fuego, padeciendo continuada agonía, ya que en aquel fuego experimentan toda suerte de dolores. Allí están sometidos al poder de los demonios, que, ahitos de furor, sólo atienden a atormentar a los pobres condenados. Allí, más que

del fuego y del resto de los suplicios, se ven atormentados por los remordimientos de la conciencia, avivados por el recuerdo de los pecados cometidos en vida, que fueron causa de su condenación. Allí ven para siempre cerrado el camino de salir de aquella mazmorra de tormentos. Allí se ven arrojados para siempre de la compañía de los santos y de la patria del cielo, para el que habían sido criados. Con todo, lo que más les aflige y constituye su infierno es verse abandonados de Dios y condenados a no poderlo ya amar, sino a tener que mirarlo con odio y con rabia.

De este infierno nos ha librado Jesucristo, redimiéndonos, no con oro ni al precio de otros bienes mundanos, sino con el precio de su sangre y de su vida en la cruz, como dice San Lorenzo Justiniano. Los reyes de la tierra envían a la muerte a sus vasallos para conservar su propia vida, pero Jesucristo quiso morir para salvar a sus criaturas.

III. Jesucristo murió por todos y por cada uno de nosotros

Mira a Jesús conducido por los escribas y sacerdotes a Pilatos, para que lo juzgue y condene a muerte de cruz, consiguiendo su intento de verlo condenado a morir crucificado. ¡Cosa de todo punto incomprensible, exclama San Agustín, ver juzgado al juez, la justicia condenada, y condenada a muerte la vida! Todos estos prodigios tuvieron por causa el amor que Jesucristo tenía a los hombres: *Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros*. ¡Ah, quién tuviera siempre a la vista este texto de San Pablo! Presto saldría de su corazón todo afecto a los bienes de la tierra y no pensaríamos más que en amar a nuestro

Redentor, que derramó toda su sangre para prepararnos saludable baño: *Al que nos ama y nos rescató de nuestros pecados con su sangre.*

Dice San Bernardino de Siena que Jesucristo, desde lo alto de la cruz, contempló todos y cada uno de nuestros pecados y que por cada uno de ellos ofreció sangre. En suma, el amor lo redujo, de Señor que era de todos, a comparecer en la tierra como el más vil y el más abyecto de todos. «¡Oh fuerza del amor! —exclama San Bernardo—, ¿conque el Ser supremo por excelencia se ha hecho el último de todos?» Y añade: «¿Quién hizo esto? El amor, que no entiende de dignidad, que es poderoso en su cariño... El amor triunfa de Dios». ¿Quién hizo esto? El amor, que, para darse a conocer al objeto amado, hace que el amante prescinda de su dignidad para no hacer más que lo agrade al amado. De ahí que San Bernardo dijera que Dios, que de nadie puede ser vencido, fue vencido por el amor que tenía a los hombres.

No olvidemos, además, que cuanto padeció Jesucristo en su pasión, lo padeció por cada uno de nosotros en particular, por lo que San Pablo dice: *Vivo en la fe de Dios y de Cristo, que me amó y se entregó por mí.* Lo que el Apóstol dice debe repetirlo cada uno de nosotros; por eso afirma San Agustín que el hombre fue a tal precio rescatado, que, al parecer, vale tanto como Dios, y hasta se atreve a decir al Señor: Me amaste a mí más que a ti, porque, por librarme de la muerte, quisiste morir por mí.

Mas ¿por qué, pudiendo Jesucristo salvarnos con una sola gota de su sangre, quiso derramarla toda a puros tormentos, hasta expirar de dolor en una cruz? Quiso derramarla toda para demostrarnos el amor excesivo que nos profesaba, dice San Bernardo. Llamó *excesivo* este amor porque Moisés y Elías, en su

conversación del monte Tabor, llamaron exceso a la pasión del Redentor, exceso de misericordia y de amor. Hablando San Anselmo de la pasión del Señor, dice que la misericordia sobrepujo a la deuda contraída por nuestros pecados, porque, siendo infinito el valor de la muerte de Jesucristo, superó de infinita manera la satisfacción debida a la justicia divina por nuestros pecados. Razón, pues, tenía el Apóstol para exclamar: *Pero a mi jamás me acaezca gloriarme en otra cosa sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.* Y lo que decía San Pablo podemos también decirlo cada uno de nosotros, porque ¿qué mayor honra puedo esperar ni tener en la vida que ver a un Dios muerto por mi amor?

Eterno Dios mío, con mis pecados os he deshonrado, pero Jesús con su muerte satisfizo por mí y os restituyó sobreabundantemente el honor; por amor, pues, de la muerte de Cristo, tened compasión de mí. Y vos, Redentor mío, que quisisteis morir por mí para ganáros mi corazón, haced que os ame. Por haber menospreciado vuestra gracia y vuestro amor, merecería ser condenado a no poder amaros más; pero no, Jesús mío, castigadme con cualquier otro castigo que no sea éste; os ruego que no me lancéis al infierno, porque en el infierno no os podría amar; con tal que os ame, dadme el castigo que os pluguiere; privadme de todo, pero no de vuestro amor.

Acepto cualquier enfermedad, ignominia, dolor que me enviareis, pues me basta con amaros. Ahora comprendo, merced a las luces con que me favorecéis, cuán amable sois y cuánto merecéis ser amado, por lo que ya no sabría vivir sin amaros. En lo pasado amé las criaturas y os volví las espaldas a vos, bondad infinita; pero ahora profeso amaros a vos sólo y nada más que a vos. Amado Salvador mío, si

prevéis, que en lo que me resta de vida he de ser infiel a vuestro amor os suplico que ahora me quitéis la vida, porque antes prefiero verme aniquilado que separado de vos.

¡Virgen santa, María, Madre de Dios!, ayudadme con vuestras plegarias; obtenedme la gracia de amar siempre a Jesús, muerto por mí, y a vos, reina mía, que tantas misericordias me habéis dispensado hasta el presente.

CAPÍTULO IX

DEL AGRADECIMIENTO QUE DEBEMOS A JESUCRISTO POR SU PASIÓN

I. Jesús murió por nosotros y nosotros debemos vivir y morir por El

Dice San Agustín que, habiendo sido Jesucristo el primero que dió su vida por nosotros, nos ha obligado a dar la vida por El, y añade: «Conocéis la mesa del poderoso, es decir, la participación de su cuerpo y de su sangre; prepárese, pues, quien se acerque a tal banquete». Quiere decir que cuando nos acerquemos a comulgar, pues nos alimentamos del cuerpo y sangre de Jesucristo, aun cuando no sea más que por agradecimiento, debemos estar dispuestos, si así lo exigiere su gloria, a dar por El sangre y vida.

Sobrado tiernas son las palabras de San Francisco de Sales comentando el texto de San Pablo: *El amor de Cristo nos aprieta; ¿a qué?* Oigamos lo que dice San Francisco de Sales: «Saber que Jesucristo, verdadero Dios eterno y omnipotente, nos amó hasta el extremo de querer padecer por nosotros muerte, y muerte de cruz, ¿no es sentir como prensados nuestros corazones y apretados fuertemente para expresar de ellos el amor con violencia, que, cuanto es más fuerte, es tanto más deleitoso?» Y después añade: «Mi Jesús se da todo a mí, y yo me doy todo a El;

viviré y moriré sobre su pecho, y ni la muerte ni la vida me separarán nunca de El».

Para exhortarnos a ser agradecidos con nuestro Salvador, San Pedro nos recuerda que hemos sido rescatados de la esclavitud del infierno, no con oro ni plata, sino con la preciosa sangre de Jesucristo, que se sacrificó por nosotros como inocente corderillo en el altar de la cruz. Grande, por tanto, sería el castigo de quienes sean ingratos a tamaño beneficio y no correspondán a él. Ciertamente que Jesús vino a salvar a todos los hombres que se hallaban perdidos, pero ciertas son también las palabras del anciano Simeón, cuando María presentó en el templo a Jesús Niño: *He aquí que éste está puesto para caída y resurgimiento de muchos en Israel y como señal a quien se contradice.* Con las palabras *para resurgimiento de muchos* profetizó la salvación que por los méritos de Jesucristo conseguirían todos los creyentes, quienes mediante la fe habían de resucitar de la muerte del pecado a la vida de la gracia. Pero antes, con la palabra *caída*, predijo que muchos habían de caer en la más lamentable ruina por corresponder con ingratitud al Hijo de Dios, bajado del cielo a la tierra para exponerse al escarnio de sus enemigos, como lo expresan las palabras *y como señal a quien se contradice.* Esto se verificó puntualmente en Jesucristo, colocado como señal a que apuntaban todas las calumnias, injurias y malos tratos de los judíos. Esta *señal*, es decir, Jesucristo, no fue sólo contradicha por los judíos de su tiempo, que lo negaron como Mesías, sino también por los cristianos de tan ingrato corazón, que al amor de Cristo corresponden con ofensas y desprecios de sus preceptos.

Nuestro Redentor, dice San Pablo, llegó hasta dar la vida por nosotros para conquistarse nuestros cora-

zones por medio del amor que nos mostraba muriendo por nosotros. No, escribe el Apóstol, ya no nos pertenecemos más, pues hemos sido rescatados por la sangre de Jesucristo. Por tanto, si no le amamos ni observamos sus preceptos, el primero de los cuales es amarlo, no sólo somos ingratos, sino injustos y merecedores de ejemplar castigo. El esclavo rescatado por Jesucristo de la esclavitud del demonio tiene la estrechísima obligación de amarlo y de servirle en vida y en muerte.

San Juan Crisóstomo trae una bella reflexión acerca del citado texto de San Pablo, y dice que Dios piensa más en nosotros que nosotros mismos, y por eso considera nuestra vida como su tesoro y como gran pérdida suya nuestra muerte; de ahí que, al perder la vida espiritual, morimos doblemente, para nosotros y para Dios. Gran dicha es la nuestra, pues mientras vivimos en este valle de lágrimas, rodeados de tantos enemigos y de tantos peligros de perdernos, podemos exclamar: Somos del Señor, pertenecemos a Jesucristo, y siendo propiedad suya, El cuidará de conservarnos su gracia en esta vida y de guardarnos consigo en la venidera.

II. En qué consiste el vivir y morir por Jesucristo

Jesucristo murió, pues, por cada uno de nosotros, para que cada uno de nosotros viva únicamente para aquel Redentor que murió por su amor. Quien vive para sí, dirige hacia sí mismo sus deseos, temores, dolores, y cifra en sí mismo la propia felicidad; pero quien vive para Jesucristo no tiene más deseos que amarlo y darle gusto en todo; todas sus alegrías las cifra en agradarle, y todo su temor es disgustarle. Su

única aflicción es ver a su Jesús despreciado, y su único gusto, verlo amado por los demás. En esto consiste el vivir y morir para Jesucristo, y esto es lo que El pretende de cada uno de nosotros, y si quiso padecer tanto, fue para ganar todo nuestro amor.

¿Será ésta excesiva pretensión? ¡No!, responde San Gregorio, sino que es justísima pretensión, después de habernos dado tales muestras de su amor que se diría enloquecido por el nuestro. El se dio sin reserva a nosotros, por lo que con sobrada razón pretende que nosotros nos demos a El sin reserva y a El consagramos todo nuestro amor, y si le restamos parte, amando cualquier otra cosa fuera de El o no por El, razón tiene para lamentarse. «Menos, Señor, os ama quien juntamente con vos ama alguna otra cosa que no la ama por vos».

¿Qué podríamos amar, fuera de Jesucristo, sino a las criaturas? Y ¿qué son éstas, comparadas con Jesucristo, más que gusanillos de la tierra, fango, humo y vanidad? Al papa San Clemente le ofreció el tirano un montón de plata, oro y perlas con tal de que renegara de Jesucristo, y el Santo, exhalando un gran suspiro, exclamó: «¡Ah, Jesús mío, bien infinito!, ¿cómo podéis consentir que los hombres os tengan en menor aprecio que al polvo vil de la tierra?» No fue un arranque de locura o de temeridad lo que movió a los santos mártires a desafiar los ecúleos, las planchas de hierro enrojecidas y las muertes más crueles, sino el amor a Jesucristo, muerto en la cruz por su amor.

Valga por muchos el ejemplo de los Santos Marco y Marceliano, que, clavados de pies y manos, eran insultados por el tirano, quien los tachaba de locos por no renegar de Jesucristo, a trueque de padecer tan crueles tormentos, a lo que ellos repondieron que nunca habían experimentado tan suaves delicias

como las que a la sazón experimentaban al verse clavados con aquellos clavos. Y todos los santos, para agradar a Jesucristo, tan abatido y humillado por nosotros, se abrazaron alegremente con la pobreza, las persecuciones, los desprecios, enfermedades, dolores y muerte. Las almas desposadas con Jesucristo en la cruz hallan todo su placer en llevar consigo las injurias del Crucificado, que son los padecimientos.

Oigamos lo que dice San Agustín: «No os está permitido amar con amor menguado, pues debéis llevar grabado en vuestro corazón al que por vosotros murió clavado en la cruz». a los que sabemos por la fe que un Dios murió por nosotros en la cruz, no nos es lícito amarle con tibieza, pues en nuestro corazón sólo ha de estar grabado aquel que por amor nuestro quiso morir crucificado. Unámonos, pues, todos con San Pablo y digamos con él: *Con Cristo estoy crucificado, pero vivo... no ya yo, sino que Cristo vive en mí...*, que me amó y se entregó por mí. Comenta así San Bernardo estas palabras: «Para todas las cosas estoy muerto; no oigo ni entiendo; sólo los intereses de Cristo me hallan vivo y preparado». Todo el que ama al Crucificado ha de decir con el Apóstol: He dejado de vivir para mí mismo después que Cristo quiso morir por mí, cargando con la muerte que se me debía, por lo que estoy muerto a todas las cosas del mundo; no oigo ni atiende a las cosas que no son por Jesucristo, mas en cuanto a las que respectan a su gloria y a su gusto, me hallan vivo y presto a abrazarlas, sean sudores, desprecios, dolores y hasta la muerte. Por eso decía San Pablo: *Para mí el vivir es Cristo*; es decir: Jesucristo es mi vida, porque absorbe mis pensamientos, planes, esperanzas y deseos, pues El es todo mi amor.

Digna de fe es esta palabra –prosigue el Apóstol–.

Pues si con El morimos, también con El viviremos; si constantemente sufrimos, también con El reinaremos; si le negáremos, también El nos negará. Los reyes de la tierra, pasadas las victorias sobre sus enemigos, reparten el botín cogido entre quienes les ayudaron a combatir; así hará Jesucristo en el día del juicio: dará parte de los bienes celestiales a quienes trabajaron y sufrieron por su gloria. Dice el Apóstol que *si con El moriremos, también con El viviremos.* Morir con Cristo es renunciar a nosotros mismos, es decir, negarnos las satisfacciones que no podemos permitirnos sin renegar de Dios, quien en el día del juicio no reconocerá por suyos a los que le negaron con sus obras. Tengamos muy presente que no sólo renegamos de Jesucristo cuando negamos su fe, sino también cuando le negamos la obediencia; por ejemplo, cuando nos manda perdonar al prójimo la afrenta de él recibida, o el pisotear puntillos de honra, o romper la amistad que nos pone en peligro de perder la amistad de Dios, o menospreciar el vano temor de pasar por ingratos, ya que toda nuestra gratitud, antes que a los hombres, la debemos a Jesucristo, que dio sangre y vida por nosotros, lo que no ha hecho ninguna criatura.

¡Oh amor divino!, ¿cómo sois de los hombres tan despreciado? ¡Oh hombres!, mirad en la cruz al Hijo de Dios, que, cual inocente cordero, está sacrificado para pagar por vuestros pecados y conquistar así vuestro amor. Miradlo, miradlo y amadlo.

Jesús mío, amabilidad infinita, no permitáis que viva ingrato a tamaña bondad; en lo pasado viví olvidado de vuestro amor y de cuanto por mí padecisteis, mas de hoy en adelante quiero pensar sólo en amaros.

¡Oh llagas de Jesús!, llagadme de amor; sangre de

Jesús, embriagadme de amor; muerte de Jesús, haced que muera a todo amor que no sea el amor de Jesús. Os amo, Jesús mío, sobre todas las cosas, os amo con toda mi alma, os amo más que a mí mismo. Os amo, y porque os amo quisiera morir de dolor, pensando que en lo pasado os volví tantas veces las espaldas y desprecié vuestra gracia. Por vuestros merecimientos, Salvador mío crucificado, dadme vuestro amor y haced que sea todo vuestro.

¡Oh María, esperanza mía!, haced que ame a Jesucristo, y nada más os pido.

CAPÍTULO X

QUE DEBEMOS PONER TODA NUESTRA ESPERANZA EN LOS MÉRITOS DE JESUCRISTO

I. Jesús crucificado, fuente de bienes

No se da en ningún otro la salud. Dice San Pedro que toda nuestra salvación está en Jesucristo, quien por medio de la cruz, en que sacrificó por nosotros la vida, nos abrió la puerta del cielo y nos da esperanzas para alcanzar de Dios todo bien si permanecemos fieles en la guarda de sus mandamientos.

Oigamos las palabras de San Juan Crisóstomo: «La cruz es la esperanza de los cristianos, el báculo de los cojos, el consuelo de los pobres, la destrucción del orgullo, el triunfo contra los demonios, el maestro de los principiantes, el piloto de los navegantes, el puerto de los náufragos, la consejera de los justos, el descanso de los atribulados, el médico de los enfermos y la gloria de los mártires».

La cruz, por consiguiente, dice el Santo, es decir, Jesús crucificado, es *la esperanza de los fieles*, porque, de no tener a Jesucristo, no tendríamos esperanza alguna de salvación. Es *el báculo de los cojos*, porque todos claudicamos en el presente estado de corrupción, y para caminar por el sendero de la salvación no tenemos más fuerza que la que nos comunica la gracia de Jesucristo. Es *la destrucción del orgullo*,

porque los secuaces del Crucificado ignoran la soberbia, si le consideran muerto cual malhechor en la cruz. Es *el triunfo contra los demonios*, porque huyen a la sola señal de la cruz. Es *el maestro de los principiantes*, porque la cruz predica hermosas enseñanzas a quienes comienzan a caminar por las vías del Señor. Es *el piloto de los navegantes*, porque la cruz es nuestra guía en las tempestades de la presente vida. Es *el puerto de los naufragos*, porque ¿dónde se hallará mayor descanso que contemplando la cruz en que padeció Dios por nuestro amor? Es *el médico de los enfermos*, porque cuantos se abrazaren a la cruz quedarán curados de todas las llagas del alma. Es *la gloria de los mártires*, porque no pueden ambicionar mayor gloria que la de asemejarse a Jesucristo, Rey de los mártires.

En suma, toda nuestra esperanza se cifra en los méritos de Jesucristo, por lo que decía el Apóstol. *Bien sé vivir con estrechez y sé también nadar en la abundancia; en todo caso y en todas cosas he aprendido el secreto, lo mismo de estar harto que de andar hambriento, lo mismo de estar sobrado que de andar escaso. Para todo siento fuerzas en aquel que me conforta.* San Pablo, amaestrado por el Señor, decía: Bien sé cómo debo portarme; cuando Dios me humilla, me resigno a su voluntad; cuando me ensalza, le cedo toda la gloria; cuando me hace sobrenadar en la abundancia, le doy las gracias; cuando me hace sufrir penuria, le bendigo; mas todo esto no lo hago por mi propia virtud, sino con la fuerza de la gracia que Dios me da. *Para todo siento fuerzas en aquel que me conforta*, esto es, *en cristo*, como se lee en el texto griego. Quien desconfía de sí mismo y confía en Jesucristo, adquiere invencible fortaleza.

El Señor, decía San Bernardo, hace omnipotentes

a cuantos en El cifran su confianza. Y añadía que el alma que no presume de fuerzas propias, sino que está fortalecida por Jesucristo, tendrá tan gran dominio de sí misma, que nunca la subyugará pecado alguno; de lo que concluía que quien se apoya en Jesucristo no halla poder, ni engaño, ni placer que lo pueda abatir.

Tres veces rogó el Apóstol a Dios que lo librase de un cosquilleo impuro que le molestaba, y oyó esta respuesta: *Te basta mi gracia, porque la fuerza culmina en la flaqueza.* ¿Cómo puede la virtud sacar fuerzas de la flaqueza? Lo explican Santo Tomás y el Crisóstomo, diciendo que, cuanto mayor es nuestra debilidad e inclinación al mal, tanto mayor es la fortaleza que Dios comunica a quienes en El confían. Por lo que añadía San Pablo en el lugar citado: *Con sumo gusto, pues, me gloriaré más bien en mis flaquezas, para que fije en mí su morada la fuerza de Cristo.* Y añadía: *Por lo cual me agrado en las flaquezas, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones, en los aprietos por el nombre de Cristo. Porque cuando flaqueo, entonces soy fuerte.*

Pues la palabra de la cruz, para los que perecen es una insensatez; mas para los que se salvan, para nosotros, es una fuerza de Dios. Con estas palabras nos amonesta San Pablo que no sigamos el ejemplo de los mundanos, que ponen toda su confianza en las riquezas o en sus parientes y amigos y tachan de locos a los santos, que, despreciando estos humanos apoyos, ponen toda su esperanza a la sombra de la cruz, es decir, en Jesús crucificado, que colma de bienes a quienes en El confían.

Nótese aquí que el poder y la fortaleza del mundo es por completo diferente del poder de Dios; el primero se logra por medio de las riquezas y honores del

mundo, al paso que el segundo se alcanza con la paciencia y la humildad, por lo que dice San Agustín que «nuestra fortaleza estriba en reconocernos débiles y confesar humildemente lo miserables que somos». Y San Jerónimo añade que «la perfección de la vida presente estriba en reconocer nuestras imperfecciones». Sí, porque cuando reconocemos nuestras imperfecciones, desconfiamos de nuestras fuerzas, nos abandonamos en Dios, el cual protege y salva a quienes en Él confían. Añade David, que *los que confían en el Señor son como el monte de Sión, que no se mueve*. Y San Agustín nos aconseja que en los peligros de pecar y en las tentaciones debemos recurrir y ponernos en manos de Jesucristo, que no se retirará para dejarnos caer, sino que nos abrazará para sostenernos, remediando así nuestra material debilidad.

Tomando Jesucristo sobre sí nuestras flaquezas, nos ha alcanzado una fortaleza que vence a nuestra debilidad natural; por eso dice San Pablo: *Pues por cuanto El mismo fue probado con lo que padeció, puede socorrer a los que son tentados*. ¿Cuál es la explicación? Porque Jesucristo, tentado, está más inclinado a compadecerse de nosotros y a socorrernos en la tentación; que es lo que dice San Pablo: *Pues no tenemos un Pontífice incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas, antes bien probado en todo, a semejanza nuestra, excluido el pecado*. Y por eso nos exhorta el Apóstol: *Lleguémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, para que alcancemos misericordia y hallemos gracia en orden a ser socorridos en el tiempo oportuno*.

Sometiéndose Jesucristo, en la noche anterior a la pasión, a padecer en el huerto de Getsemaní los temores, angustias y tristezas, como dicen los evangelistas, nos mereció el valor de resistir las amenazas de

los que quieren pervertirnos, nos alcanzó el valor de vencer el tedio que experimentamos en la oración, en la mortificación y en otros ejercicios de piedad, y la fortaleza para sufrir con paz y alegría los rigores de la adversidad.

Sabemos también que en el huerto, a vista de tantos dolores y de la muerte que le aguardaba, quiso experimentar en su humanidad la gran flaqueza que le obligó a exclamar: *El espíritu, sí, está animoso, mas la carne es flaca*. Y, vuelto al Eterno Padre, le dijo: *Padre mío, si es imposible, pase de mí este cáliz*, aun cuando a continuación añadió: *Mas no como yo quiero, sino como quieres tú*. Y durante todo el tiempo que prosiguió orando en el huerto no cesó de repetir: *Hágase tu voluntad*. *Oró por tercera vez, repitiendo de nuevo las mismas palabras*. Con aquel *fiat* que entonces pronunció mereció Jesucristo y nos alcanzó la gracia de la resignación en todas las adversidades, y, como escribe San León, alcanzó para los mártires y confesores de la fe la fortaleza necesaria para hacer frente a todas las persecuciones y tormentos de los tiranos.

Además, por el aborrecimiento que cobró entonces a nuestros pecados, que le hicieron padecer áspera agonía —y, venido en agonía, oraba más intensamente—, nos mereció la contrición de nuestras culpas. Por el abandono en que su Padre lo dejó en la cruz nos mereció la gracia de no perder la calma en las desolaciones y sequedades de espíritu. Al inclinar la cabeza, cuando estaba a punto de expirar, para obedecer al Padre —hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz—, nos mereció las victorias que reportaremos contra las pasiones y las tentaciones, y la paciencia en los dolores de la vida, y en las amarguras y angustias que se sufren en la muerte.

En suma, Jesucristo, dice San León, vino a tomar sobre sí nuestras enfermedades y flaquezas para comunicarnos su virtud y constancia. Dice San Pablo que *aun con ser Hijo de Dios, aprendió de las cosas que padeció lo que era obediencia*. No quiere esto decir que Jesucristo antes de su pasión no entendiese lo que era obedecer, sino que, como explica San Anselmo, al conocimiento que tenía de esta virtud se añadió la propia experiencia, que le enseñó cuán dolorosa era la pasión y muerte que había de sufrir en obediencia al Padre. Entonces supo también cuán grande es el mérito de la obediencia, puesto que por medio de ella alcanzó para sí el mayor grado de gloria, que fue sentarse a la diestra del Padre, y nos mereció a nosotros la salvación eterna. *Y consumado*—prosigue San Pablo—, *vino a ser para todos los que le obedecen causa de salud eterna*. Es decir, que habiéndose ejercitado con toda perfección en la obediencia, soportando con admirable resignación los tormentos de su muerte, mereció la salvación eterna a todos los que por obedecerle soportan pacientemente los trabajos de la vida actual.

Del ejemplo de Jesucristo y de su admirable paciencia sacaron los mártires valor y entereza para soportar los más fieros tormentos que la crueldad de los tiranos supo inventar; y no sólo los soportaron pacientemente, sí que también con alegría y gran deseo de padecerlos mayores por amor de Jesucristo. Léase, si no, la célebre carta que San Ignacio Mártir, condenado ya a las fieras, escribió a los romanos antes de llegar al lugar del suplicio: «Dejadme, hijos míos, que sea molido por los dientes de las fieras, como trigo de mi Redentor. No busco más que a El, que murió por amor mío. El que es el único objeto de mi amor, ha muerto crucificado por mí, y tan grande

es el afecto que le profeso, que por El deseo ser crucificado». Del mártir San Lorenzo escribe San León que, al estar tendido sobre las parrillas, más que el fuego exterior que le devoraba, sentía el fuego del amor que le consumía. Paladio y Eusebio escriben de Santa Potamiana, virgen de Alejandría, que habiendo sido condenada a ser arrojada a una caldera de pez hirviendo, a fin de padecer más por su Esposo crucificado, pidió al tirano que la metiese en la caldera despacio, para que la muerte le fuera más dolorosa; y consiguió lo que pedía, pues comenzaron a sumergirla por los pies, de modo que el martirio duró tres horas y sólo murió al llegarle la pez al cuello. Tan grandes son la paciencia y fortaleza que reportaron los mártires de la pasión de Jesucristo.

Alentado por el valor y entereza que el Crucificado infunde a quien le ama, exclama San Pablo: *¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro, espada?* Y a la vez declaraba que esperaba triunfar de todo en virtud y por amor de Jesucristo: *Mas en todas estas cosas soberanamente vencemos por obra de aquel que nos amó.* El amor de los mártires a Jesucristo era invencible, por recibir la fortaleza del Invencible, que los alentaba a padecer. No nos forjamos la ilusión de que por virtud de un milagro se tornaban los mártires insensibles a los tormentos o que un torrente de divinos consuelos les quitaba el sentimiento de dolor; esto, que alguna vez pudo suceder, de ordinario no acontecía; por manera que los mártires sentían toda la intensidad de los tormentos, que por eso muchos de ellos cedieron y flaquearon a la violencia de los suplicios; pues padecer el martirio con valor y constancia era puro don de Dios, que les suministraba el valor necesario.

El objeto primario de la esperanza cristiana es la eterna bienaventuranza, o sea el gozo de Dios, como enseña Santo Tomás. Los restantes medios para alcanzar la salvación, que consiste en gozar de Dios, como son el perdón de los pecados, la perseverancia final en la divina gracia y la buena muerte, los debemos esperar, no de nuestros esfuerzos ni de nuestros buenos propósitos, sino únicamente de los méritos y de la gracia de Jesucristo. A fin de que nuestra confianza sea firme, es menester creer con infalible certidumbre que la consecución de todos estos méritos de salvación sólo la debemos esperar de los méritos de Jesucristo.

II. De la esperanza que tenemos de que Jesucristo nos alcance el perdón de los pecados

Y, ya que hablamos de la remisión de los pecados, recordemos que nuestro Redentor vino al mundo a perdonar a los pecadores, como El lo aseguró: *Porque el Hijo del hombre vino a salvar lo que había perecido*. De ahí que el Bautista, cuando presentó a los judíos su Mesías ya llegado, les dijese: *He aquí al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*. La palabra *cordero*, a la que precede el artículo definido *el*, según el texto griego, significa *aquel Cordero divino* tantas veces anunciado por Isaías: *Y cual oveja ante sus esquiladores enmudecida, y no abre su boca*; y por Jeremías: *Yo era como manso cordero que es llevado a degollar*; y prefigurado antes por Moisés en el cordero pascual, en el que todas las mañanas se ofrecía en holocausto al Señor y en el que se inmolaba por las tardes en expiación por los pecados. Todos estos corderillos eran impotentes para

borrar un solo pecado, y sólo servían para representar el sacrificio del Cordero divino, Jesucristo, que con su sangre había de lavar nuestras almas, purificarlas de las manchas del pecado y librarlas de los eternos tormentos por nuestras culpas merecidos. Todo esto quieren decir las palabras del evangelista, porque Jesucristo había recibido el encargo de satisfacer con su muerte a la divina justicia, como decía Isaías: *Mientras Yahveh hizo que le alcanzara la culpa de todos nosotros.* Por eso dice San Cirilo que «uno por todos es sacrificado, para satisfacer por el género humano ante el Eterno Padre».

¡Cuántas acciones de gracias debemos a Jesucristo! Si al ser conducido al cadalso un condenado a muerte le saliese al encuentro un amigo, le quitase el lazo que llevara al cuello y lo colgase al propio y, muriendo en patíbulo, librarse así al reo, ¡cuán obligado había de quedar éste al amor de su salvador! Esto puntualmente es lo que hizo Jesucristo, queriendo morir en la cruz para librarnos de la muerte eterna.

Jesucristo, dice San Pedro, *llevó nuestros pecados en su propio cuerpo sobre el madero, para que, muertos a los pecados, vivamos para la justicia, con cuyas heridas fuisteis sanados.* Jesús, pues, cargó con nuestros pecados y los llevó a la cruz para pagar la pena con su muerte y alcanzarnos el perdón, devolviéndonos así a los muertos la vida perdida. ¡Qué cosa más admirable, exclama San Buenaventura, que la muerte dé vida y que las heridas curen! ¡Que unas llagas sanen las llagas de otros y que la muerte de uno dé la vida a todos los hombres muertos por el pecado! Dice San Pablo que Dios aborrecía y odiaba a los pecadores, pero que *nos agradeció en el amado, en el cual tenemos la redención por su sangre, la remisión de los pecados, según la riqueza de su gracia, que hizo*

desbordar sobre nosotros. Esto es fruto del pacto hecho entre Jesús y su Eterno padre; el Padre nos perdonaría las culpas y nos recibiría en su amistad en consideración a la pasión y muerte de su mismo Hijo.

En este sentido llamó el Apóstol a Jesucristo *mediador de un nuevo testamento*. La palabra *testamento* tiene dos significados en la Sagrada Escritura: el de *pacto*, o acuerdo entre dos personas que están discordes, y el de *promesa*, o disposición de última voluntad, por la cual el testador transmite sus bienes a los herederos, disposición que sólo se hace revocable con la muerte del testador, Del testamento como promesa hablaré en el apartado 4.º; al presente trataré del testamento como pacto, pues en este sentido habló el Apóstol al escribir de Jesucristo: *Y por esto es mediador de un nuevo testamento*.

El hombre, caído en pecado, era deudor a la divina justicia y enemigo de Dios. vino el Hijo de Dios al mundo y se revistió de carne humana, y en el mismo tiempo, como Dios y hombre que era, se constituyó mediador entre el hombre y Dios, en calidad de representante de entrambas partes, para restablecer la paz entre ellas y alcanzar al hombre la gracia divina, ofreciéndose a pagar con su sangre y con su muerte la deuda del hombre. Esta reconciliación estuvo ya figurada en el Antiguo Testamento en todos los sacrificios que entonces se hacían y en todos los símbolos ordenados por Dios, como eran el tabernáculo, el altar, el velo, el candelabro, el incensario y el arca donde se guardaban la vara de Aarón y figura de la prometida redención; y como esta redención debía llevarse a cabo con la sangre de Cristo, por eso Dios determinó que la sangre de los animales, figura de la del Cordero divino, y que todos los objetos simbóli-

cos arriba mencionados fuesen rociados con sangre: *Por donde tampoco el primero (testamento) se inauguró sin sangre.*

Dice también San Pablo que el primer testamento, o sea la primera alianza, pacto o mediación de Jesucristo en la ley nueva, se celebró también con sangre de novillos y de machos de cabrío, sangre con la que se rociaba al libro, al pueblo, al tabernáculo y todos los vasos sagrados: *Moisés, después de recitar todos los mandatos, a tenor de la ley, a oídos de todo el pueblo, habiendo tomado la sangre de los becerros y machos cabríos con agua y lana teñida en grana e hisopo, roció así al libro como a todo el pueblo, diciendo: «Esta es la sangre de la alianza que para vosotros dispuso Dios». De semejante manera roció también con la sangre el tabernáculo y todos los objetos del culto. Y casi todo, según la ley, se purifica con sangre, y sin efusión de sangre no se obtiene remisión.* La lana teñida de grana era también figura de Jesucristo, porque así como la lana es de ordinario blanca y sólo el tinte la torna roja, así también Jesucristo, blanco por su naturaleza y por su inocencia, apareció en la cruz ensangrentado y ajusticiado cual malhechor, verificándose lo que de El decía la Esposa de los Cantares: *Mi amado es blanco y colorado.* El hisopo, que es una hierba humilde, significaba la humildad de Jesucristo.

Vuelve otra vez a hablar el Apóstol de la sangre de Jesucristo, para grabar en el corazón de los judíos y de todos que sin la sangre de Jesucristo no había esperanza de perdón de nuestras culpas. Y así como en la antigua ley por medio de la sangre de las víctimas se purificaban los hebreos de las manchas exteriores producidas por el quebranto de la ley y se les perdonaba la pena temporal por la ley impuesta, así tam-

bién en la nueva alianza la sangre de Jesucristo lava las manchas interiores de la culpa como dice San Juan: *Al que nos ama y nos rescató de nuestros pecados con su sangre* y nos libra de la pena eterna del infierno.

Todo esto lo explica San Pablo cuando prosigue así en el mismo capítulo: *Mas Cristo, habiéndose presentado como pontífice de los bienes venideros, penetrando en el tabernáculo más amplio y más perfecto, no hecho de manos, esto es, no de esta creación, y no mediante la sangre de machos cabrios y de becerros, sino mediante la sangre, entró de una vez para siempre en el santuario, consiguiendo una redención eterna.* El pontífice de la antigua ley entraba en el *sancta sanctorum* y con la aspersion de la sangre de los animales purificaba a los delincuentes de las manchas exteriores contraídas y de la pena temporal, puesto que para alcanzar el perdón de la culpa y la remisión de la pena eterna necesitaban los hebreos, de necesidad absoluta, la contrición, con esperanza en el Mesías prometido, que debía morir para alcanzarles el perdón.

Jesucristo, por el contrario, con su precioso cuerpo, que es el tabernáculo más excelente y más perfecto, de que habla el Apóstol, sacrificado en el ara de la cruz, entró en el *sancta sanctorum* del cielo, para nosotros hasta entonces cerrado, y nos lo abrió por medio de la redención.

Por eso San Pablo, para animarnos a esperar el perdón de nuestras culpas, fiados en la sangre de Jesucristo, nos dice: *Porque si la sangre de machos cabrios y de toros y la ceniza de la becerra santifican con su aspersion a los contaminados en orden a la purificación de la carne, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu eterno se ofreció a sí mis-*

mo inmaculado a Dios, purificará vuestra conciencia de obras muertas, para que rindáis culto al Dios viviente!

Jesucristo se ofreció a Dios puro y sin sombra de culpa; de otra suerte no hubiera, sido digno mediador ni apto para reconciliar a Dios con el hombre pecador ni su sangre hubiera tenido la virtud de purificar nuestra conciencia de las *obras muertas*, esto es, de los pecados, que se llaman así, o porque no son dignas de mérito alguno, o porque son dignas de castigos eternos. *Para que rindáis culto al Dios viviente.* Y si Dios nos perdona nuestras culpas es para que empleemos el tiempo que nos rescatare de vida en su servicio y amor. Y acaba diciendo el Apóstol: *Y por esto es mediador de un nuevo testamento.* Por eso nuestro Redentor, cautivado por el amor inmenso que nos tenía, quiso rescatarnos, a costa de su sangre, de la muerte eterna. Tal fue el testamento, mediación o pacto entre Jesucristo y Dios.

El mismo Jesucristo ratificó esta promesa de perdonarnos los pecados por los méritos de su sangre, cuando en la noche que precedió a su muerte, al instituir la Eucaristía, dijo: *Bebed de él todos, porque ésta es mi sangre de la alianza, que por muchos es derramada para remisión de los pecados.* Estaba próximo el sacrificio, en que había de derramar, no parte de su sangre, sino toda ella para expiar nuestros pecados y alcanzarnos el perdón. Por eso quiso que este sacrificio se renovase diariamente en todas las misas que se celebrasen, a fin de que su sangre clamase de continuo en favor nuestro. Por eso también fue llamado Jesucristo sacerdote según el orden de Melquisedec. Aarón ofreció sacrificios de animales, en tanto que el sacrificio de Melquisedec fue de pan y de vino, figura del sacrificio del altar, en el que nues-

tro Salvador, bajo las especies de pan y vino, ofreció en la cena a Dios su cuerpo y su sangre, que al día siguiente había de sacrificar en la pasión y que continúa a diario ofreciéndole por manos de los sacerdotes, que renuevan el sacrificio de la cruz.

San Pablo explica por qué David llamó a Jesucristo *sacerdote eterno*, y dice: *Mas El, a causa de subsistir perpetuamente, posee el sacerdocio intransferible*. Los antiguos sacerdotes acababan su ministerio con la vida, mas Jesucristo, siendo como es eterno, lo es también en su sacerdocio. Pero ¿cómo seguirá en el cielo ejerciendo tal sacerdocio? También lo explica San Pablo, y dice: *Por donde puede también salvar perennemente a los que por El se llegan a Dios, siempre viviente para interceder a favor de ellos*. El gran sacrificio de la cruz, perpetuado por el sacrificio del altar, conserva siempre la virtud de salvar a todos cuantos, debidamente dispuestos por la fe y las buenas obras, se acercan a Dios por medio de Jesucristo. San Ambrosio y San Agustín dicen que Jesucristo, en cuanto hombre, prosigue haciendo en el cielo lo que hacía en la tierra en favor de los hombres, es decir, ejerciendo el oficio de abogado, mediador y aun de pontífice, oficio que consiste, como dice el Apóstol, en estar *siempre viviente para interceder a favor nuestro*.

Dice San Juan Crisóstomo que las llagas de Cristo son otras tantas bocas que de continuo están pidiendo a Dios perdón de nuestras culpas. ¡Con cuánta mayor eficacia, dice San Pablo, implora por nosotros clemencia la sangre de Cristo que pedía venganza la de Abel contra Caín! Se lee en las *Revelaciones* de Santa María Magdalena de Pazzi que el Señor le dijo cierto día estas palabras: «Desde que tomé venganza en la carne inocente de Cristo, mi justicia se ha troca-

do en clemencia. La sangre de este mi Hijo amadísimo no pide venganza, como la de Abel; sólo pide misericordia; y al oír sus clamores no puede menos de calmarse mi justicia. Esta sangre divina me liga las manos, de tal suerte que no las puedo levantar, como antes, para tomar venganza de los pecadores».

El Señor nos había prometido perdonar y dar la vida eterna, pero dice San Agustín que hizo más de lo que prometió. El perdonarnos y abrirnos las puertas del paraíso nada costaba a Jesucristo, pero el redimirnos le costó la sangre y la vida. El apóstol San Juan nos exhorta a evitar el pecado; pero, temiendo que decaigamos de ánimo, al recordar nuestras pasadas culpas, nos alienta a esperar el perdón, con tal que tengamos la firme resolución de no caer, diciéndonos que tenemos que habérnoslas con Cristo, que no murió sólo para perdonarnos, sino que además, después de muerto, se ha constituido abogado nuestro ante el Padre celestial: *Hijuelos míos, esto os escribo para que no pequéis; si todavía alguno pecare, abogado tenemos ante el Padre a Jesucristo, justo.* Según todo el rigor de la divina justicia, nuestros pecados nos han hecho incurrir en la desgracia de Dios, y, por consiguiente, nos han hecho merecedores de la eterna condenación; mas también la pasión del Salvador pide en nuestro favor gracia y eterna misericordia, y la pide en todo rigor de justicia, porque el Eterno Padre, en atención a sus méritos, prometió perdonarnos y salvarnos, siempre que estemos dispuestos a recibir la gracia divina y queramos someternos a sus preceptos, como escribe San Pablo: *Y, consumado, vino a ser para todos los que le obedecen causa de salud eterna.* Por manera que Jesucristo, al morir acabado de dolores, obtuvo la salvación eterna a cuantos observan su ley, *Corramos*

—nos dice el Apóstol—, *corramos por medio de la paciencia la carrera que tenemos delante, fijos los ojos en el jefe iniciador y consumidor de la fe, Jesús, el cual, en vez del gozo que se le ponía delante, sobrellevó la cruz, sin tener cuenta de la confusión.* Vayamos, pues, y aun corramos con ánimo esforzado, armados de paciencia para combatir con los enemigos de nuestra salvación, fijos los ojos en Jesús crucificado, quien renunció a una vida de gozo en esta tierra y se eligió vida de sufrimientos e ignominia, con el fin de poner término a nuestra redención.

¡Preciosísima sangre, eres mi esperanza! ¡Oh sangre inocente, lava las manchas de este penitente! Jesús mío, mis enemigos, después de incitarme a ofenderos, quieren lanzarme a la perdición, diciéndome que no puedo esperar de vos la salvación eterna: *Son muchos los que acerca de mí dicen: «Para él no hay salvación en Dios».* Mas yo, confiado en la sangre que por mí habéis derramado, os diré con David: *Mas tú, Señor, éresme adarga en torno.* Mis enemigos me traen aterrado, diciéndome que, si acudo a vos, me rechazaréis a causa de tantos pecados; pero San Juan me da prendas seguras de que me escucharéis, pues dijisteis: *Al que viniere a mí no le echaré fuera.* A vos, pues, acudo, lleno de confianza. «Rogámoste, Señor, que vengas en auxilio de tus siervos, salvados con tu preciosa sangre». Vos, Salvador mío, que derramasteis toda vuestra sangre con tanto dolor y con tanto amor, para no verme perdido, tened compasión de mí, perdonadme y salvadme.

III. De la esperanza que tenemos de alcanzar la perseverancia final por los merecimientos de Jesucristo

Para alcanzar la perseverancia final en el bien obrar no debemos fiarnos de nuestros buenos propósitos y promesas hechas a Dios, porque si nos apoyamos en nuestras fuerzas estamos perdidos. La esperanza que abrigamos de conservar la gracia de Dios hemos de colocarla en los merecimientos de Jesucristo; apoyados en su ayuda, perseveraremos hasta la muerte, aunque por todas partes nos veamos combatidos por todos los enemigos de la tierra y del infierno. A las veces nos sentiremos de tal modo abatidos de ánimo y asaltado de tentaciones, que nos parecerá estar ya perdidos; no decaigamos entonces de ánimo ni nos abandonemos a la desconfianza, recurramos al Crucifijo, y El nos sostendrá para no caer. Permite el Señor a veces que hasta los santos se vean en semejantes tempestades y temores. San Pablo escribe que las tempestades y temores por que pasó en Asia fueron tales, que le causaron tedio de la vida: *Sobre toda ponderación más de los que sufrían nuestras fuerzas nos vimos abrumados hasta tal punto, que aun de la vida desesperamos.* Al declararnos lo que era, según las propias fuerzas, nos insinuó que Dios permite a veces que caigamos en desolaciones, para que, conocedores de nuestra miseria y desconfiando de nosotros mismos, recurramos humildemente a su compasión y le pidamos fuerzas para no caer; y más claramente lo declara con estas palabras: *En todo atribulados, mas no reducidos a último extremo;... derribados, mas no rematados.* Nos vemos acosados por tristezas y pasiones, pero no nos abandonamos a la desesperación; atravesamos el lago, pero no nos sumergimos, porque el Señor, con su gracia, nos da for-

taleza para resistir a nuestros enemigos. Y siempre nos advierte el Apóstol que tengamos ante la vista cuán frágiles somos y cuán fácil de perder el tesoro de la gracia divina, y que sólo el poder de Dios, y no nuestra industria, lo puede guardar.

Estemos, pues, firmemente persuadidos de que en esta vida hemos siempre de desconfiar de nosotros mismos. El arma más poderosa con la cual reportaremos victoria sobre los asaltos del infierno es la santa oración. Esta es la armadura, de que nos habla el Apóstol: *Revestios de la armadura de Dios para que podáis sosteneros ante las asechanzas del diablo, porque, añade, no es nuestra lucha contra carne y sangre, sino contra los principados, contra las potestades del infierno. Y continúa exhortándonos: Manteneos, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y revestidos con la coraza de la justicia, y calzados los pies con la preparación pronta para el Evangelio de la paz, embrazando en todas ocasiones el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos encendidos del malvado. Tomad también el yelmo de la salud y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, orando con toda oración y súplica...*

Profundicemos algo más en las referidas palabras:

Manteneos, pues, ceñidos vuestros lomos con la verdad. Alude en este pasaje el Apóstol al cinturón que llevaban los soldados como prenda de la fidelidad que juraban a su soberano. El cinturón que debe ceñir el cristiano ha de ser la verdad de la doctrina de Cristo, según la cual estamos obligados a reprimir todos los movimientos desordenados, y en especial los de impureza, que son los más peligrosos.

Revestidos con la coraza de la justicia. La coraza del cristiano ha de ser la vida ejemplar; de otra suer-

te, se sentirá falto de fuerzas para rechazar los ataques del enemigo.

Calzados los pies con la preparación pronta para el Evangelio de la paz. El calzado que debe usar el soldado de Cristo, para acudir presto donde el deber le llamare, a diferencia de los que caminan lentamente por ir descalzos, ha de ser el ánimo presto de arrastrar a otros con el ejemplo a la práctica de las santas máximas del Evangelio.

Embrazando en todas ocasiones el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos encendidos del malvado. El escudo que ha de servir de defensa al soldado de Cristo, y en el cual se han de embotar todos los encendidos dardos de los enemigos, ha de ser una fe inquebrantable, avalorada por una firme esperanza y divinizada por el amor.

Tomad también el yelmo de la salud y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios. El yelmo, según San Anselmo, es la esperanza de la salvación eterna, y, finalmente, la espada del espíritu, o sea nuestra espada espiritual, debe ser la palabra divina, por medio de la cual el Señor tantas veces nos ha prometido escuchar nuestras plegarias: *Pedid y se os dará; Porque todo el que pide, recibe; Llámame y te responderé; Invócame en el día de la angustia; yo te libraré.*

De ahí que el Apóstol termine diciendo: *Orando con toda oración y súplica en todo tiempo en espíritu, y para ello velando con toda perseverancia y súplica por todos los santos.* La oración es, a no dudarlo, el arma poderosísima por la que el Señor nos da la victoria contra todas las pasiones malvadas e infernales tentaciones; pero esta oración hay que hacerla *con espíritu*, es decir, no sólo verbalmente, sino de corazón. Debe, además, ser continua y en todas las cir-

cunstances de la vida, porque así como las batallas son continuas, así ha de serlo también la oración. Debemos orar *con todo empeño*; si la tentación no desaparece al primer impulso de la oración, hay que volver a la carga dos y tres veces y aun cuatro; y si perdurare la tentación, tenemos que repetirla con gemidos, lágrimas, insistencia y violencia con Dios, como si quisiésemos forzarlo a concedernos la gracia de la victoria; esto significa la expresión *con toda perseverancia y súplica*. Y añade el Apóstol: *Por todos los santos*, porque no sólo debemos rezar por nosotros, sino por la perseverancia de todos los fieles que se hallan en gracia de Dios, y especialmente de los sacerdotes, a fin de que trabajen con fruto por la conversión de los infieles y de todos los pecadores, repitiendo sin cesar en nuestras oraciones la oración de Zacarías: *Para iluminar a los que están sentados en tinieblas y sombras de muerte*.

De gran provecho es para resistir a los enemigos en los combates del espíritu prevenir los combates durante las meditaciones, disponiéndonos a resistir cuanto podamos en el caso de que de improviso nos acometan. Merced a esta admirable táctica respondieron los santos con tanta mansedumbre o hasta con el silencio, conservando la calma al recibir alguna gravísima injuria, al ser perseguidos, al padecer cualquier dolor corporal o espiritual, la pérdida de un objeto valioso, la muerte de un pariente querido. Tales victorias, de ordinario sólo las consigue el alma que lleva vida muy ajustada, que frecuenta los sacramentos y tiene el hábito de la meditación, lectura espiritual y oración. De ahí que difícilmente reporten tales victorias quienes no son cautos en huir de las ocasiones peligrosas o se dejan arrastrar por la vanidad, los placeres mundanos, y tienen horror a la

mortificación de los sentidos; en una palabra, quienes viven vida muerta. Dice San Agustín que en la vida espiritual «hay que vencer primero al placer y luego al dolor»; que es como si dijera que el alma dada a los placeres sensuales, difícilmente resistirá a una gran pasión o tentación vehemente que la asaltare. Quien ama la estima mundana, difícilmente sufrirá una grave afrenta sin exponerse a perder la gracia de Dios.

Cierto que todas las energías necesarias para vivir sin pecado y obrar el bien debemos esperarlas de la gracia de Jesucristo y no de nuestros esfuerzos únicamente; pero cierto también que hemos de vigilar para no debilitarnos en la lucha. Defectos hay, de que a veces no hacemos caso, que pueden ser causa de que falte la luz divina y de que el demonio se envalentone ante nosotros. Querer, por ejemplo, pasar ante el mundo por sabio o de ilustre nacimiento, buscar la vanidad en el vestir, andar tras las comodidades superfluas, picarse de cualquier palabrería o desatención, pretender complacer a todos con detrimento del provecho espiritual, descuidar los ejercicios espirituales por respeto humano, las desobedecencias a los superiores, las murmuraciones, guardar en el corazón ciertos rencorillos, decir mentirillas, murmurar a costa del prójimo, perder el tiempo en conversaciones inútiles y vanas curiosidades; en una palabra, apegarse a las cosas terrenas y al amor propio desordenado, pueden servir al enemigo para arrastrarnos al precipicio; en todo caso, estos defectos, deliberadamente consentidos, nos privarán de la abundancia del auxilio divino, sin el cual caeremos en el momento menos pensado.

Nos lamentamos de tamaña aridez y disipación en la oración, en las comuniones y en los restantes ejer-

cicios de devoción; pero ¿cómo podrá Dios dispensar el disfrute de su presencia y amorosas visitas, si somos tan desatentos con El y tan negligentes en su servicio? *Quien siembra mezquinamente, mezquinamente también cosechará.* Si le damos tantos disgustos, ¿cómo pretendemos beneficiarnos de sus consuelos celestiales? Mientras no nos desprendamos por completo de la tierra, jamás seremos totalmente de Jesucristo, y entonces, ¿quién sabe dónde iremos a parar? Jesús, con su humildad, nos mereció la gracia de vencer la soberbia; con su pobreza, la fortaleza para vencer los desprecios e injurias. «¿Que hinchazón de soberbia —dice San Agustín— puede sanar si no se cura con la humillación del Hijo de Dios? ¿Qué avaricia se vencerá si no se domina con la pobreza de Cristo? ¿Qué cólera se amansará si no se amansa con la paciencia del Salvador?» Mas, si nos dejamos enfriar en el amor de Jesucristo y descuidamos suplicarle incesantemente que nos socorra, y alimentamos, por el contrario, en el corazón sentimientos terrenales, difícilmente perseveraremos en el bien vivir. Oremos, oremos siempre, porque con la oración lo alcanzaremos todo.

¡Oh Salvador del mundo, única esperanza mía!, por los méritos de vuestra pasión libradme de todo afecto impuro que pueda ser obstáculo al amor que os debo. Despojadme de todo afecto mundano, pues quiero que seáis el único objeto de todos mis deseos, el sumo bien y, por eso, el único bien digno de ser amado. Por vuestras sacrosantas llagas curad mis enfermedades y dadme la gracia de tener alejado el corazón de todo amor que no sea por vos, que merecéis todo el amor de mi corazón. Jesús, amor mío, vos sois mi esperanza!

IV. De la esperanza que tenemos de tener de alcanzar de Jesucristo la eterna felicidad.

Y por esto es mediador de un nuevo testamento, a fin de que, habiendo intervenido muerte, reciban los que han sido llamados la promesa de la herencia eterna. Aquí habla San Pablo del nuevo testamento, no como pacto, sino como promesa, o sea disposición de la última voluntad, por medio de la cual Jesucristo nos constituyó herederos del reino de los cielos; y porque el testamento no es válido mientras viva el testador, por eso fue necesario que Jesucristo muriese, a fin de que pudiéramos, en calidad de sus herederos, entrar en la posesión del paraíso; por eso continúa San Pablo: *Pues donde hay testamento, menester es que conste la muerte del testador; pues un testamento es válido en caso de defunción, como quiera que nunca tiene valor mientras el testador vive.*

Por los merecimientos de Jesucristo, nuestro mediador, recibimos en el bautismo la gracia de ser hechos hijos de Dios, a diferencia de los hebreos del Antiguo Testamento, que, a pesar de ser el pueblo escogido de Dios, era pueblo de siervos. *Estas mujeres son dos alianzas: la una desde el monte Sináí, que engendra para la esclavitud.* La primera mediación se hizo en el monte Sináí, cuando Dios, por medio de Moisés, prometió a los hebreos la abundancia de bienes temporales si guardaban la ley que les había dado; pero esta mediación, dice San Pablo, no hacía más que siervos, a diferencia de la mediación obrada por Jesucristo, que engendra hijos: *Y vosotros, hermanos, a semejanza de Isaac sois hijos de la promesa.* Pues bien, si los cristianos somos hijos de Dios, por consiguiente, según el mismo Apóstol, somos

también herederos suyos, porque a los hijos atañe heredar a los padres, y nuestra herencia es la gloria eterna del paraíso, que Jesucristo nos mereció con su muerte: *Y si hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo.*

Con todo, San Pablo añade a continuación: *Si es que juntamente padecemos para ser juntamente glorificados.* Ciertamente que, en virtud de la filiación divina que nos mereció Jesucristo con su muerte, tenemos derecho a la herencia del paraíso, pero con tal de que respondamos fielmente a la gracia con nuestras buenas obras, y señaladamente con el ejercicio de la santa paciencia; por ello dice el Apóstol que, para alcanzar la gloria eterna en compañía de Jesucristo, tenemos que padecer en esta tierra en compañía de Jesucristo. Delante va nuestro capitán con la cruz, estandarte bajo el cual hemos de alistarnos, como el mismo Señor ordena: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome a cuestras su cruz y sígame.*

Para alentarnos a sufrir denodadamente y esforzados con la esperanza del paraíso, nos recuerda luego San Pablo que la gloria que se nos dará en la otra vida sobrepujará inmensamente al mérito ganado con todos nuestros padecimientos, si en adelante los sufrimos de buen grado para cumplir el divino querer: *Porque entiendo que los padecimientos del tiempo presente no guardan proporción con la gloria que se ha de manifestar en orden a nosotros.* ¿Habría pobre tan insensato que se resistiera a trocar alegremente todos sus andrajos por un gran reino? Al presente no gozamos de la gloria celestial, porque todavía no nos hemos salvado e ignoramos si acabaremos la vida en gracia de Dios; pero la esperanza en los méritos de Jesucristo es la que nos ha de salvar, como siente san

Pablo: *Porque en esperanza hemos sido salvados.* Si somos fieles en su servicio y no nos cansamos de pedirselo, Jesucristo no nos privará de ninguna gracia necesaria para salvarnos, pues prometió escuchar a todo el que le rogare: *Todo el que pide, recibe.*

Yo no temo, dirá alguno, que Dios se niegue a oírme si le ruego; lo que temo es no saber rogar como es menester, Nos ressonde San Pablo; tampoco temas esto, porque cuando oramos, el mismo Dios ayuda nuestra flaqueza y nos hace orar de modo que seamos atendidos: *Y asimismo también el Espíritu acude en socorro de nuestra flaqueza. Pues qué hemos de orar, según conviene, no lo sabemos; mas el Espíritu mismo interviene a favor nuestro con gemido inefables.* San Agustín explica la palabra *postulat*, pide, diciendo: «Nos hace rogar y pedir».

Afirma también el Apóstol, para aumentar nuestra confianza, que *Dios coordena toda su acción al bien de los que le aman.* Quiere con esto dar a entender que no son desgracias, al modo de sentir humano, los insultos, las enfermedades, la pobreza, las persecuciones, porque Dios lo trocará todo en bien y en gloria de cuantos sepan sufrirlo pacientemente. Y el Apóstol acaba diciendo: *Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo;* palabras con que nos persuade a que, de querer salvarnos, nos resolvamos a padecer toda suerte de trabajos antes que perder la gracia de Dios, pues nadie puede ser admitido a la gloria de los bienaventurados si en el día del juicio particular su vida no es hallada conforme con la de Jesucristo.

Temeroso San Pablo de que tal doctrina arroje en la desesperación al pecador, al considerar sus culpas pasadas, le alienta a esperar el perdón, recordándole

que el Eterno Padre, para poder perdonar nuestros pecados, *ni a su propio Hijo perdonó, antes por nosotros todos le entregó;* y, para alentar más la esperanza en el perdón, dice a los pecadores: *¿Quién será el que condene? Cristo Jesús, el que murió.* Como si dijera: Pecadores, cuantos detestáis los pecados cometidos, ¿a qué tanto temer ser arrojados al infierno? Decidme: ¿quién es el juez que os va a condenar? ¿No es Jesucristo? Y ¿cómo podéis temer que os condene a la muerte eterna el amoroso Redentor, que para no condenaros quiso condenarse a sí mismo a morir ajusticiado en el infame patíbulo de la cruz? Esto se entiende de los pecadores arrepentidos, que, en expresión de San Juan, *lavarón sus vestiduras y las blanquearon con la sangre del Cordero.*

Jesús mío, cuando considero mis pecados me avergüenzo de pedirlos el paraíso, pues tantas veces renuncié a él por pasajeros y miserables deleites; mas, cuando os miro clavado en cruz, no puedo menos de confiar en ir a gozar de vos a la gloria, sabiendo, como sé, que quisisteis morir en infame madero para expiar mis pecados y ganarme el paraíso, que tantas veces perdí. Dulce Redentor mío, confiado en los merecimientos de vuestra pasión y muerte, espero que me habéis perdonado las ofensas que os he hecho, de las cuales estoy arrepentido y desearía morir de dolor. Pues, aunque vos me habéis perdonado, siempre será cierto, Dios mío, que en mi ingratitud os disguste gravemente, después de lo mucho que me habéis amado. Mas lo hecho, hecho está, por lo que, al menos, Señor mío, en lo que me restare de vida, quiero amaros con todas mis fuerzas, todo, todo, todo. Vos me lo habéis de conseguir. Desprendedme de todas las cosas terrenas y dadme luz y fuerza para no buscar más que a vos, único bien mío, mi amor y mi todo.

¡Oh María, esperanza de los pecadores!, vos me habéis de ayudar con vuestros ruegos. Rogad, rogad por mí y no ceséis de rogar mientras no me veáis enteramente consagrado al servicio de Dios.

CAPÍTULO XI

QUE, A IMITACIÓN DE JESUCRISTO, DEBEMOS EJERCITARNOS EN LA PACIENCIA PARA CONSEGUIR LA SALVACIÓN ETERNA

I. Que es necesario sufrir, y sufrir con paciencia

Hablar de paciencia y de sufrimiento es lenguaje que no se da ni se entiende entre los mundanos y que sólo lo utilizan y entienden las almas amantes de Dios. «Señor —decía San Juan de la Cruz—, lo que quiero que me deis es trabajos que padecer por vos y que sea yo menospreciado y tenido en poco». Santa Teresa solía repetir: «Señor: o padecer o morir». Santa María Magdalena de Pazzi repetía también: «Padecer y no morir», He aquí cómo hablan los santos enamorados de Dios, y hablan de esta suerte porque saben perfectamente que el alma no puede dar al Señor prueba más palpable de amor que padecer voluntariamente por complacerle.

Esta es también la prueba mayor que Jesucristo nos dio del amor que nos tiene. Como Dios nos dio pruebas de su amor en la creación, al colmarnos de tantos beneficios, al llamarnos a compartir con El la gloria que eternamente disfruta, pero en ninguna ocasión quedó tan patente el amor que nos profesa como en la encarnación, abrazándose con vida tan mortificada y llena de dolores e ignominias por

nuestro amor. Y nosotros, ¿cómo demostraremos nuestro amor a Jesucristo? ¿Acaso viviendo vida de placeres y de goces terrenales?

Guardémonos de pensar que Dios se complazca en vernos padecer, porque no es de tan dura condición que se complazca en contemplar los dolores y escuchar los gemidos de sus criaturas. Es Dios de bondad infinita e inclinado por naturaleza, afabilidad y compasión hacia quienes a El recurren. Pero la condición de nuestro presente estado infeliz de pecadores y el agradecimiento que debemos al amor de Jesucristo exigen que por amor suyo renunciemos a los placeres de este mundo y nos abracemos de buen grado con la cruz que durante la vida hemos de llevar, en compañía de aquel que con una cruz más pesada que la nuestra marcha a la cabeza, para conducirnos a la conquista de una vida bienaventurada que jamás tendrá fin. No se complace, pues, el Señor en vernos padecer, sino que, siendo como es la suma justicia, no puede dejar sin castigo nuestras culpas, y para darnos un día la corona de la gloria quiere que nos purifiquemos de nuestros pecados con el ejercicio de la paciencia. ¿Puede darse más bello orden y más suave que este de la divina Providencia en conciliar al mismo tiempo los derechos de su justicia con nuestra eterna felicidad?

Por tanto, toda nuestra esperanza hemos de ponerla en los méritos de Jesucristo y esperar de El el socorro necesario para vivir santamente y salvarnos: *Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación.* Aunque esto es muy cierto, no debemos, con todo, descuidar de poner de nuestra parte lo que podamos para satisfacer los agravios que hemos hecho a la majestad de Dios y conseguir la vida eterna por medio de las buenas obras. De esto habla el Apóstol cuando

dice: *Cumplo, por mi parte, lo que faltaba de las fatigas de Cristo en mi carne.* ¿Es que la pasión de Cristo no fue cumplida y suficiente por sí sola para salvarnos? Nada faltó, sin duda, de su valor intrínseco y fue suficientísima para salvar a todos los hombres; con todo, para que los méritos de la pasión se nos apliquen, debemos, según Santo Tomás, cooperar por nuestra parte, soportando con paciencia los trabajos que Dios nos mande, para asemejarnos a nuestra cabeza, que es Cristo, como escribe el Apóstol a los romanos: *Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, en orden a que fuese El primogénito entre muchos hermanos.* Esto no obstante, siempre hay que tener en cuenta, como lo advierte el Angélico Doctor, que toda la virtud de nuestras buenas obras, satisfacciones y penitencias les viene de la satisfacción de Jesucristo, pues «la satisfacción del hombre, dice el Santo, saca su eficacia de la satisfacción de Cristo». Y así se responde a los protestantes, que tachan nuestras penitencias de injuriosas a la pasión de Jesucristo, como si no fuera ésta suficiente para expiar nuestras culpas.

Afirmamos que para participar de los merecimientos de Jesucristo es menester esforzarse en cumplir los divinos mandamientos, hasta el punto de violentarnos antes que ceder a las tentaciones infernales. Esto quiso darnos a entender el Señor cuando dijo: *El reino de los cielos padece fuerza, y hombres esforzados arrebatan de él.* En el momento del peligro, si no queremos ser vencidos del enemigo, tenemos que luchar contra la incontinencia, contra las sugerencias de los malos apetitos y contra la rebeldía de los sentidos. Y si sucumbimos en la lucha y caemos en pecados, debemos hacer violencia al Señor, dice San Am-

broso, con lágrimas y oraciones, hasta alcanzar el perdón de ellos. Y continúa el Santo: «¡Dichosa violencia, que no castiga el Señor con su indignación, sino que agradece y recompensa con grandes mercedes! El alma que más violentare a Jesucristo de esta suerte, tanto más propicio lo tendrá en sus necesidades. Primero debemos reinar sobre nosotros mismo, dominando nuestras pasiones, y después lograremos, por los méritos de nuestro Salvador, reinar en el cielo de la gloria». Por eso nos debemos hacer violencia, sea sufriendo las adversidades y persecuciones, sea venciendo las tentaciones y pasiones, de las cuales no podemos triunfar sino con grades esfuerzos.

El Señor nos amonesta que antes de perder el alma, si preciso fuera, hemos de estar aparejados a padecer todo género de males y aun la misma muerte; pero al mismo tiempo promete combatir El mismo y derrocar a nuestros enemigos: *Combate por la verdad hasta la muerte y Yahveh guerreará por ti*. San Juan vio ante el solio de Dios gran muchedumbre de santos vestidos de blancas vestiduras, porque en el cielo no entra nada manchado, y vio que llevaban palmas, en señal del martirio: *Tras esto vi, y he aquí una gran muchedumbre... de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos de ropas blancas y palmas en sus manos*. Pero ¿qué? ¿Son mártires todos los santos? Sí señor; todos los adultos que se salvan habrán de ser o mártires por la sangre o mártires por la paciencia en vencer los asaltos del infierno y los apetitos desordenados de la carne. Los placeres carnales condenan al infierno innumerables almas; por consiguiente, es indispensable determinarse a despreciarlos valientemente. Persuadámonos de que el alma ha de sojuzgar bajo los pies al cuerpo o que el cuerpo sojuzgará bajo los pies al alma.

Repitamos que para salvarnos tenemos que hacernos extraordinaria violencia. Pero yo nada puedo, replicará alguno, si Dios no me ayudare con su gracia. A esto responde San Ambrosio: «Si lo fias todo de tus propias fuerzas, nada podrás; pero si confias en el Señor, El te dará la fortaleza» Y dice bien, mas para ello es menester padecer sin remedio, porque, si queremos entrar en la gloria de los bienaventurados, dice la Sagrada Escritura que antes hemos de sufrir pacientemente muchas traibulaciones. Por lo que San Juan, cuando se quedaba extasiado contemplando la gloria de los santos, oyó una voz que le decía: *Estos son los que vienen de la gran tribulación, y lavaron sus vestiduras y las blanquearon con la sangre del Cordero.* Y cierto que se hallaban en el número de los bienaventurados por haber lavado sus vestiduras en la sangre del Cordero, pero todos habían llegado allí pasando por el mar de la tribulación.

Estad ciertos, decía San Pablo a sus discípulos, de que *fiel es Dios, quien no permitirá que seáis tentados más de lo que podéis.* Fiel es Dios, decía el Apóstol, que prometió prestaros su ayuda, capaz de resistir toda clase de tentación, si se le pidire: *Pedid y se os dará. Buscad y hallaréis;* por lo que no puede faltar a su promesa. Craso error de los herejes es afirmar que Dios impone leyes imposibles de guardar. No; «Dios no manda cosas imposibles –responde el sagrado concilio de Trento–, pues al mandar te aconseja que hagas lo que en tu mano esté, y El te dará fuerzas para ponerlo en práctica». Dios no manda cosas imposibles; cuando manda, nos aconseja hacer lo que podamos y pedir su ayuda para conseguirlo. «No son los hombres tan faltos de razón –dice San Efrén– que a las bestias de carga les pongan pesos incomportables; pues con mayor motivo podemos pen-

sar esto de Dios, que, amando a los hombres con tan entrañable amor, no consentirá que les acometen tentaciones que les puedan vencer».

«La cruz siempre está aparejada —escribe Kempis—, y te espera en cualquier lugar; es necesario que en todo lugar tengas paciencia si quieres tener paz interior y merecer perpetua corona. si de buena voluntad llevas la cruz, ella te llevará y guiará al fin deseado». Todos van buscando la paz en el mundo y quisieran hallarla sin padecer; mas esto es imposible en el presente estado de cosas, pues no hay más remedio que sufrir, ya que la cruz nos sigue a todas partes. Mas ¿cómo hallaremos la paz, rodeados de tantas cruces? Con la paciencia y abrazándonos con las cruces que nos salgan al paso. Dice Santa Teresa que el que arrastra la cruz de mala gana siente su peso, por pequeño que sea; pero que quien la abraza voluntariamente, no siente su pesadez, aunque fuera muy grande. Y Tomás de Kempis añade: «¿Qué santo vivió en el mundo sin cruz? Toda la vida de Cristo fue cruz y martirio, y ¿tú andas tras el gozo?» ¿Qué santo fue introducido en el cielo sin la enseña de la cruz? Y ¿cómo, por otra parte, podrían entrar sin ella en el cielo, cuando Jesucristo, Jefe nuestro y nuestro Redentor, vivió vida crucificada y martirizada? Y, sin embargo, Jesús era inocente, santo, Hijo de Dios; quiso padecer durante toda su vida, y ¿nosotros andamos tras de los placeres y pasatiempos? Para darnos ejemplo de paciencia, quiso elegir vida llena de ignominias y de dolores interiores y exteriores, y nosotros ¿queremos salvarnos sin padecer o padeciendo impacientemente? Eso sería padecer doblemente, pero sin provecho y con sobra de castigo. Mas ¿cómo podremos forjarnos la ilusión de mar a Jesucristo, si nos resistimos a padecer por su amor, después de

que tanto padeció El por el nuestro? ¿Cómo podrá gloriarse de ser seguidor del Crucificado quien rechazar o recibiere de mala gana los frutos de la cruz, que son los trabajos, desprecios, pobreza, dolores, enfermedades y todo lo que contraría nuestro amor propio?

II. La vista de Jesucristo nos consuela y sostiene en los padecimientos

Para no perder las energías en la lucha, miremos siempre las llagas del Crucificado, porque de ellas sacaremos las fuerzas necesarias para soportar los trabajos de la vida, no sólo con paciencia, sino hasta con gozo y alegría, como hicieron los santos. *Sacaréis agua con alegría de las fuentes de salvación.* San Buenaventura comenta este texto de Isaías diciendo: «*De las fuentes de salvación*, es decir, de las llagas de Jesucristo». Por lo que el Santo nos exhorta a «tener siempre fijos los ojos del corazón en Jesucristo muriendo en la cruz, si queremos vivir en continua unión con Dios». La devoción consiste, explica Santo Tomás, en estar prontos a ejecutar cuanto Dios pidiere de nosotros.

He aquí un hermoso documento que nos da San Pablo para vivir unidos con Dios y soportar pacientemente las tribulaciones de la vida: *Recapacitad mirando al que tal contradicción sostuvo contra sí de parte de los pecadores, a fin de que no desfallezcáis, aflojada la resistencia de vuestras almas.* Dice *recapacitad* porque para sufrir con resignación y paz las contradicciones de la vida no basta pensar como de paso y de vez en cuando en la pasión de Jesucristo,